

3  
2472.

6

# DISCURSO

QUE PARA SOLEMNIZAR LA INAUGURACION DE LA ESTATUA

de

# FR. LUIS DE LEON

LEYÓ EL

DR. D. FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS

EN EL ACTO PÚBLICO

celebrado por el

CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE SALAMANCA.

27 de Abril de 1869.

---

SALAMANCA:  
IMPRESA DE OLIVA Y HERMANO.  
1869.



DAVIDSON

NOT RECORDED

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

Los pueblos que honran la memoria de sus buenos hijos, acreditan vigor de ideas y sentimiento de propia valía, y bien merecen puesto avanzado en el movimiento civilizador del mundo. Pero cumplen con un deber sagrado cuando recuerdan y enaltecen, no la vulgar fama de las dignidades ó de las riquezas, sino la virtud, el talento y la inspiracion, y rinden tributo de alabanza al que descubrió nuevos veneros de verdad y de belleza, y sacrificó su vida por estender los horizontes de la ciencia y del arte.

Hoy, al levantar una estatua para más honrar la memoria del sabio maestro salmantino Fr. Luis de Leon, esta Escuela y esta Ciudad, como la madre Patria, se muestran dignas de sus antiguas glorias, sacuden el marasmo que las cubrió en los últimos años, toman parte en el movimiento regenerador de la presente edad, y prueban conciencia de un porvenir mejor.

De lamentar es sobre toda ponderacion, que por esta memorable causa y desde el sitio que honraron tantas notabilidades en ciencia y en palabra, tenga yo, de ideas pobre y de galas desnudo siempre, el encargo de levantar mi voz. Duéleme en gran manera que el último individuo de este Claustro universitario, instituto agobiado de antiguas glorias, y con su recuerdo hoy risueño, haya aceptado, débil, la indulgente designacion de sus compañeros para explicar el

espíritu que les animó preparando la fiesta á que asistimos, y les ha sostenido hasta llevarla al término feliz que el mundo científico celebra. Pero si el buen deseo siempre ha de ser parte á suplir la falta de otras dotes, discúlpenme en cuanto sea dable mi amor patrio inestinguible, mi entusiasmo, más vivo cada día, por esta venerable Ciudad, mi agradecido cariño á esta Escuela, hija predilecta de los pontífices y de los reyes, y mi afición, en mis primeros años manifestada y nunca satisfecha, á leer en los libros, y á meditar sobre las fases de la vida del hombre más admirable que estudió y enseñó en estas aulas.

Si fuera lícito rebajar la talla colosal de los hombres que llevaron su nombre y su influencia mas allá de los lindes de su patria, reclamaria á Leon como la más preciada gloria de esta Ciudad. Mirad en derredor. De todas partes surgen vivísimos recuerdos de su vida y de sus obras.

Cerca del Instituto provincial, donde todavia se ven tristes ruinas que la heróica defensa de estos hogares y nuestros disturbios domésticos hicieron, se levantaba la casa religiosa de San Juan de Sahagun y Santo Tomás de Villanueva, en que Leon, casi niño, tomó el hábito agustiniano, recibió y dió sus primeras lecciones, fortaleció su espíritu con la lectura y la meditacion, preparó con sus escritos la reforma científica y literaria de su siglo, y sufrió las amarguras de la adversidad: las llamas consumieron en aquella biblioteca manuscritos suyos de mucha valía: y en el ángulo del claustro que llamaban de los Santos, visitado siempre con religioso respeto por los hombres de ciencia y de virtud, descansaron sus venerables restos durante más de dos siglos.

En estas mismas aulas, donde su padre D. Lope se habia formado, y alguno de sus hermanos fué maestro, Leon estudió lenguas y ciencias sagradas: en los salones altos de este edificio incorporó su título de Maestro: desde esos viejos púlpitos que la Universidad conserva como glorioso recuerdo, esplicó á Santo Tomás y á Durando, las Sagradas Escrituras y la Filosofia natural, inició á la bulliciosa juven-

tud de aquellos días en los misterios del dogma, y le mostró los poderosos recursos de nuestra rica lengua: y estas paredes fueron testigos mudos de la popularidad cariñosa que en el cuerpo escolar gozaba, del prestigio que en el claustro universitario se conquistó, de los ruidosos triunfos que consiguiera en oposiciones y lecturas, grados, comisiones y juntas, de su profunda ciencia y de su vasta erudición.

En la severa capilla de Santa Bárbara de la Iglesia mayor, recibió Leon sus grados con las solemnidades imponentes que se acostumbraban entónces: y en ese mismo templo asistió al quinto Concilio provincial salmantino.

En el Hospital del Estudio y en la posada del maestro Sancho, decano de teología, se celebraron ruidosas juntas para la censura de la Biblia de Vatablo, que Gaspar de Portonariis reimprimió aquí: y con esta ocasion se vieron de frente Leon y Castro, y se despertaron las malas pasiones que dieron con nuestro agustino en las cárceles.

Comendadora del rico monasterio que la Orden de Santiago tenia en Salamanca, era Doña Isabel Osorio, en cuyo obsequio y á cuyos encarecidos ruegos Leon vertió al romance el *Cantar de los Cantares*. preparando su propia desventura.

Aquí nacieron y tomaron cuerpo la ruin envidia y la soberbia infernal que llamaron tantas desgracias sobre la frente y sobre el corazon de Leon: aquí vivieron y se agitaron sus implacables enemigos: aquí fué detenido por un Comisario del Santo Oficio, que habia dado pruebas recientes de corazon duro en el célebre proceso del arzobispo Carranza, y de aquí salió nuestro agustino, agoviado de dolor, para las cárceles secretas de la Inquisicion de Valladolid.

Aquí tambien, donde la acumulacion de manuscritos y el favor de los Reyes Católicos habian dado extraordinario impulso á la tipografía, al punto de haber entonces 52 imprentas, 84 librerías y 3.600 personas ocupadas en estas y las artes conexas, que hacian de Salamanca el primer mercado de libros, Junta, Fernandez, Gast, Bonardo y Foquel, los primeros, dieron á luz pública las obras de Leon.

Y allá en las pintorescas faldas de la Flecha, que forman el horizonte de esta Ciudad, celebró «la descansada vida del que huye el mundanal ruido» el «cantar sabroso no aprendido» de las aves, el huerto plantado en la ladera, en el que

«Y como codiciosa,  
por ver y acrecentar su hermosura,  
desde la cumbre airosa  
una fontana pura  
hasta llegar corriendo se apresura;  
Y luego sosegada,  
el paso entre los árboles torciendo,  
el suelo de pasada  
de verdura vistiendo,  
y con diversas flores va esparciendo:»

y el embalsamado aire que

«los árboles menea  
con un manso ruido,  
que del oro y del cetro pone olvido»

«A las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan á cesar los estudios... se retiró como á puerto sabroso á la soledad de una granja» que tenia su «monasterio en la ribera del Tórmes:» allí leia los libros de Fr. Luis de Granada, y á su amigo Arias Montano escribia que de aquella lectura habia aprendido más que de cuanta teología escolástica estudiara. Y en aquella huerta grande, cuya arboleda poblada y en desórden «hacia deleite á la vista,» á la sombra de unas parras, y junto á una pequeña fuente que nace de la cuesta que la casa tenia á sus espaldas y que al entrar en la huerta «corriendo y estropezando, parecia reirse,» ó «en una como isleta pequeña que apegada á la presa de unas aceñas se descubria,» poblada de árboles y dividida en dos partes por «un no pequeño arroyo que hacia el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del rio, y corria cuasi toda junta,» colocó á los amigos Sabino, Marcelo y Juliano, cuyos eruditos diálogos forman los *Nombres de Cristo*.

Pero es tan grande, Excmo. é Ilmo. Señor, y de tan variada y trascendental significacion la fiesta que celebramos,

que apenas puede abarcarla mi débil inteligencia. Ante la estatua de Fr. Luis de Leon veo desplegarse la historia de un pueblo en sus concepciones levantado, en sus propósitos tenaz, grande en la adversidad y en la fortuna, y siempre religioso y melancólico: leo las páginas de oro de un siglo de inmenso movimiento, lleno de hombres y de acontecimientos grandiosos, rico de nuevas ideas, de lecciones y de consuelos, pródigo en descubrimientos, titánico en sus empresas y abundoso en resultados, de un siglo en que las glorias del pueblo español llegaron á tal altura y tanto le ofuscaron, que fué posible arrebatarle sus libertades: paréceme que sacude el polvo de su manto la patria de Alfonso XI, la Galindo, Encina y Maldonado: recuerdo la historia de esta Universidad que encabezó el movimiento científico de España, y aun conserva en los más apartados puntos del globo el eco de su justísima fama: y siento como si se hallara entre nosotros el génio que mejor personificó aquel siglo y esta escuela, y vuelven á mi memoria sus armoniosos versos y las lecciones de su instructiva biografía.

El siglo XVI fue todo español, merced al indomable valor de nuestros soldados, á la calculadora política de los monarcas españoles, al vigor intelectual de nuestros sabios y á la superioridad de la rica literatura patria.

El rey emperador, jóven altivo y esforzado, ambicioso de gloria y de dominios, y autor de grandes concepciones y de atrevidas empresas, hereda la nacion unificada y el poder robustecido, inconsciente instrumento de la Providencia, como lo fueron siempre los grandes trastornadores del mundo desde Alejandro hasta Napoleon, atraviesa las abrasadoras playas africanas y penetra en los bosques vírgenes de la América con la cruz y con la espada, y gana á sus enemigos en Pavia *todo ménos el honor*, y acariciado por el dorado sueño de la monarquía universal, concierta paces con la Europa, despues de haberla agitado profundamente, ménos con los hereges y con los infieles. «Para prestarle un nuevo género de grandeza—dice Montesquieu—el universo se extendió, y un nuevo mundo surgió á su obediencia.»

Felipe II, de calma flamenca, reservado y frío, celoso por la religion y más celoso por las régias prerogativas, humilla al francés en los ensangrentados campos de San Quintin y de Gravelines, ocupa á Paris con sus veteranos de Flándes, salva á la Europa del estandarte de la media luna abatiéndolo en el golfo de Lepanto, y como obedeciendo una ley geográfica gana la corona portuguesa con sus estensas colonias de América, de Africa y de Indias, y realiza la magnífica obra de la unidad peninsular, anhelada siempre, intentada muchas veces con varia fortuna, malograda entónces por ofensas al orgullo nacional de un pueblo dignísimo, y hoy más que nunca para dicha comun preparada. El libro que el fraile calabrés Tomás Campanella escribió en su prision, copiaba las heredadas aspiraciones del monarca.

Nuestros soldados, formados con la fatiga y el combate, y guiados por los mejores tácticos del siglo, pasean los estandartes españoles, cubiertos con el polvo de cien combates, por un imperio en que no se oculta el sol, miéntras que Elcano da la vuelta al globo, y el comercio del mundo se cita en Medina del Campo.

La fastuosa corte de nuestros reyes discute y resuelve sobre los destinos del mundo, en tanto que abre el canal de Aragon, no bastante aprovechado todavía, prepara el censo de Castilla, forma el archivo de Simancas y compila las leyes patrias.

Como los siglos de Pericles y de Augusto recuerdan la rota de los persas y la dominacion romana, porque los héroes necesitan y crean artistas que los celebren, y cuando un pueblo se siente regenerado por hechos heróicos, las frentes se levantan, crece el brio de los corazones, el entusiasmo se generaliza y brota la inspiracion, entónces Machuca fabrica el rico y elegante palacio imperial de Granada como incrustado en el de Ben-Alamar, Toledo y Herrera alzan en el Escorial un monasterio-alcázar, maravilla de religion y de arte, el reino entero parece un estenso taller abundan recursos y profesores para embellecer los pueblos de algun nombre y para sembrar los campos de suntuosas fábricas, Ticiano, Rúbens, Felipe de Borgoña y Torrigiani

vienen á España atraídos por la magnificencia real y por la liberalidad de los Grandes y de los Prelados, los artistas españoles corren á estudiar modelos que los templos, palacios y talleres italianos atesoran, y Garcilaso, Lope de Vega, Cervantes, Ercilla, Herrera y Leon, immortalizan el habla de Castilla.

Entónces aparece la Escuela de Salamanca dirigiendo el movimiento intelectual de la Nación; que si se hacian sentir abusos de poder y errores de administracion, que nublaron tan bello horizonte, y trageron en breve despoblacion y miseria, el impulso estaba dado, y la idea, incansable viajero, trabaja aun entre los más ensangrentados trastornos por el triunfo de la verdad.

La ciudad del Tórmes, coronada de cúpulas y de torres, henchida por una poblacion de cincuenta mil habitantes, honrada con una junta de testamentarios de la Reina Católica, Prelados, Grandes y Procuradores, con un Concilio provincial y el primer enlace del príncipe D. Felipe, agitada por las Comunidades, y por los motines del Pastelero y de los Papeles, visitada por el Emperador y Felipe II, por Ignacio de Loyola y Teresa de Jesus, llama artistas de todas partes, derrama el oro para nuevas edificaciones, se fascina con el atronador ruido de más de cuarenta institutos públicos que levanta y adorna y enriquece á la par, y se convierte en un estenso museo de bellas artes.

Egas, Juan Gil de Ontañon y Alava copian en la Catedral nueva, San Esteban y la casa religiosa de Leon el espiritua-lismo poético del arte cristiano, Ibarra y Alberto Mora retratan en los colegios de Santiago y Niños huérfanos el estilo plateresco, espejo de la caprichosa riqueza de aquellos tiempos, y Fontana, Herrera, alumno de esta Escuela, y Rodrigo Gil de Ontañon caracterizan en los monumentos greco-romanos de las Agustinas y del Rey la unidad de poder y la severa magestad del siglo xvi.

Los cinceles de Juni, Becerra, Dueñas y Berruguete, y los pinceles de Gallegos, Navarrete y Thibaldi decoran nuestros templos.

Y esta Universidad, antiguo albergue de la ciencia, democráticamente organizada y libre de la centralización que la abatió en los siguientes siglos, infunde su espíritu á multitud de institutos que las Órdenes militares y religiosas y la iniciativa particular habían puesto bajo su amparo, mantiene frecuente trato con las Universidades de Roma, Paris, Lobaina y Oxford, y cambia con ellas alumnos y maestros, envia profesores á todas las de España, provee de médicos á los pontífices y á los reyes, y da los más altos dignatarios á la Iglesia y al Estado. «Este es el tesoro—dijo un dia el Emperador al atravesar ese patio—de donde proveo á mis reinos de justicia y de gobierno.»

Sustentábanse aquí mas de setenta cátedras. Los profesores y los graduandos estaban colmados de privilegios, exenciones y títulos régios y pontificios. Oíase en estos claustros el bullicio juvenil de más de siete mil alumnos, pobres y ricos, plebeyos y nobles, españoles y extranjeros, entusiastas por la igualdad de que les dotaba el trage, y por la importancia que les daba su voto en el nombramiento de profesores. Y los exámenes, los grados, las lecturas, los actos públicos, las comisiones de la Santa Sede, de los monarcas y del Santo Oficio, la diferencia de doctrinas, las enconadas competencias de los institutos agregados y los celos de otras Universidades, daban á ésta una animación y una importancia extraordinarias.

Julio II y Paulo VII la colman de privilegios, Leon X encarece sus servicios á la fé, Adriano VI envia á sus aulas jóvenes escogidos de la nobleza romana, y Clemente VII la participa su exaltación como los demás pontífices han seguido haciéndolo.

El gran Cisneros, que aquí había sido bachiller de pupilos, confecciona la primera biblia políglota, y funda la Universidad y Colegio de Alcalá con profesores salmantinos, como el rey Juan III funda la de Coimbra.

La Santa Junta se presenta á la desgraciada Doña Juana en Tordesillas, y el doctor Zúñiga lleva la palabra.

Despiértase la afición á las lenguas sabias, y se levanta el colegio Trilingüe.

Sobrevienen los escándalos de Enrique VIII con Catalina de Aragon, y la Universidad es consultada sobre la validez de aquel matrimonio.

Judoc Haberteym envia á las universidades de España nueve proposiciones de Bayo, y aquí son censuradas.

Ocurren las singulares dolencias del príncipe D. Carlos, educado por el Obispo de esta Diócesis, y Gomez Pereira, Vega y Daza Chacon son llamados por el Rey: sobreviene el misterioso proceso de aquel infortunado jóven, y el doctor Azpilcueta y los maestros Gallo y Cano son consultados.

Huyen los católicos irlandeses de las persecuciones de Isabel de Inglaterra, y son recogidos en el colegio de San Patricio de esta Ciudad.

Felipe II intenta cerrar los teatros, y solo por informe de Alfonso de Mendoza los tolera.

Un Nuevo mundo surge de entre los mares, y esta Universidad que por estatuto enseñaba el sistema de Copérnico, notado de herético en otros pueblos, que tuvo un Deza por quien, segun confesion de Colon, sus Altezas poseian las Indias, y un Palacios Rubios y un Casas, defensores de los indígenas, hace innecesaria la ciencia de los cosmógrafos extranjeros, y envia á aquellas lejanas tierras los primeros soldados, misioneros y dignidades, y forma de dos modestos estudiantes de filosofía, siempre amigos y compañeros, á Hernan Cortés, conquistador con la política y con la espada, del vasto imperio mejicano, y al salmantino Francisco Montejo, dominador del Yucatan y fundador de la nueva Salamanca.

La Iglesia se congrega en Trento, y esta Universidad honra el último Concilio general con más de sesenta hijos ilustres: Domingo de Soto, presentante y juez de Leon en sus grados como decano y maestro más antiguo de teología, y que en estas mismas aulas habia sido escuchado con respeto por el príncipe D. Felipe, abre el Concilio con un magnífico discurso, redacta los primeros decretos, es consultado sobre todos los dogmas definidos, y recibe de aquellos Padres, por premio á sus trabajos, el timbre y lema que aun se ostentan sobre algunas obras que costeó en esta Ciudad: Pedro de

Soto, director del Emperador en Alemania, organizador de la Universidad de Dilinghem, visitador de las de Oxford y Cambridge, confunde al heresiarca Brencio y muere en Trento, llorado por todos los Padres: Juan Gallo, compañero de Leon y testigo en su proceso, hace el panegírico de Santo Tomás de Aquino ante el Concilio: Melchor Cano, catedrático de Leon, confirma allí su crédito de primer teólogo del siglo: Arias Montano, director de la Biblia poliglota plantiniana, nacido en el mismo año que Leon y su constante amigo, de los mismos estudios y opiniones, autor como él de una Exposicion al *Cantar de los Cantares* que le encargó verter al latin, que desde Peña de Aracena y desde Flándes le envió noticias científicas, libros y consuelos, y le puso en contacto con los doctores de Lobaina, y como él fué blanco de los envidiosos ataques del maestro Castro: Guerrero, Diego Covarrubias, Delgado y Pedro Ponce propuestos por Leon, aunque en vano, desde su calabozo de Valladolid, para censores de su doctrina: Sancho, su examinador y presentante, y uno de sus mejores amigos y más generosos defensores, y Antonio Covarrubias, Agustín, Alava, Vellosillo, Carranza y muchos otros, acrecen la importancia del último Concilio general.

Fuera interminable tarea enumerar los escritores que en aquel siglo salieron de estas aulas. Contemplad los bustos y leed los nombres de los más distinguidos, en las paredes y en las bóvedas de este salon. Pero permitidme recordar que Victoria restauró la teología dogmática, Azpilcueta defendió la soberanía nacional, Sepúlveda publicó la mejor farmacopéa del siglo, Alcázar, ántes que Vidi-Vidius, mejoró el trépano, Micon describió y dió nombre respetado por Lineo á una planta, Collado conoció el hueso estribo, Alderete compuso su celebrado unguento, Laguna, antes que Columna, abrió láminas de plantas y animales, y ántes que Lineo, conoció y esplicó el sistema sexual, Aguilera manejó y mejoró el instrumento con que se medía la altura del polo y de las estrellas, el malogrado poeta Perez de Oliva recomendó á su patria la canalizacion del Guadalquivir, Monzon introdujo el sistema de principiar con la Arit-

mética y la Geometría el estudio de la Filosofía, Pedro Ponce, ántes que Sicart y l'Epee, esplicó el arte de enseñar á los sordo-mudos, Barrientos publicó los primeros sinónimos, Hurtado de Mendoza perfeccionó la novela picaresca, y Cervantes estudió las costumbres escolares que tan admirablemente copió despues. Salinas, ciego como Beethoven, cantado por Leon, y testigo de descargo en su proceso, entónces ganó al frente de la cathedra de Música, su reputacion del mejor organista español; y Aragon, discípulo de Leon, Chacon su amigo, Basilio Ponce su deudo, Pinto y Castro sus enemigos, y Nuñez de Guzman maestro de Castro, y Sanchez de las Brozas su discípulo predilecto, pero amigo de Leon y testigo en su abono, publicaron á la par sus celebradas obras. Entónces tambien—dicho sea para honra de las señoras de esta Ciudad siempre culta—Doña Luisa Medrano, salmantina, ocupó la cátedra de Humanidades, y Lucio Marineo Siculo, que tuvo el gusto de oirla, la citó entre las cosas memorables de España, Doña Cecilia Morillas, salmantina, dió enseñanza privada de lenguas, filosofia y teología, con tanto fruto, que Felipe II quiso encargarla de la educacion de las infantas, Doña Clara Clistera, salmantina tambien, ejerció la medicina con tal crédito, que mereció los elogios del Dr. Laguna, y Doña Alvara Alba, de Vitigudino, cursó en estas aulas y escribió sobre Matemáticas.

En aquel siglo grande, en esta Ciudad y en esta Escuela, levantadas al apogeo de su gloria, y entre tantas eminencias aun se destaca con formas colosales la figura de Leon. Estudiadle por un momento.

Lutero que habia empezado con la interesante y popular empresa de predicar contra la relajacion de las costumbres y el abuso de las indulgencias, se convierte en herege obstinado y conmueve las columnas de la Iglesia. Defendiendo el libre exámen gana á los filósofos, combatiendo el poder temporal de Roma y la amortizacion eclesiástica encuentra príncipes protectores, ridiculizando el celibato eclesiástico atrae monges y clérigos, predicando libertad y una moral



laxa arrebatada á las masas, y su doctrina se difunde por el centro y por el norte de Europa, y se modifica caprichosamente hasta degenerar en el socialismo de Munzer y en la poligamia y el comunismo de el vidriero Jorge, el panadero Mathieu y el sastre de Leyde. El Emperador derrota á los confederados en Smalkade y pasea por las ciudades germánicas sus príncipes prisioneros: la Iglesia se congrega en Trento y condena la enseñanza luterana: un militar español ampara el combatido poder de la Santa Sede fundando la Compañía de Jesus: España, replegada en el espíritu religioso que adquirió en siete siglos de lucha contra los sectarios de Mahoma, se hace el brazo derecho del Vaticano, é identifica á los enemigos de la Iglesia con los del Estado, y el Santo Oficio aviva sus hogueras; pero la Protesta llega á Roma, pasa el Pirineo, penetra en algunos conventos españoles, atraviesa por estos claustros, y aun divide las inteligencias, como en los tres siglos transcurridos, siquiera se haya trasladado del campamento á la tribuna y á la prensa, palancas de la moderna civilización.

El agustino de Salamanca parecia designado por la Providencia para combatir al agustino de Wittemberg con sus propias armas, y para reconciliar á esta Universidad, que á fines del siglo anterior se creyó profanada por las doctrinas de Pedro de Osma, y quemó en ese patio la cátedra y los libros de aquel profesor. Leon se habia inspirado desde temprana edad en el severo silencio del claustro: sentíase fortalecido con la ruidosa polémica de la Universidad, y aparecia enriquecido con profundos conocimientos lengüísticos, acreditado como pocos en el exámen original y positivo de las letras sagradas y de la tradicion, y empapado en la doctrina filosófica de Platon. Jóven aun, en el capítulo de Dueñas habia tronado contra el decaimiento de la disciplina, y abogado por las austeridades de la Tebaida, y gozaba de gran popularidad en estas aulas por haber evidenciado la armonía de la fé y de la razon, defendido opiniones atrevidas sin ofensa del dogma, y dado muestras de esa elocuencia sagrada de que dejó modelos en los *Nombres de Cristo* y en la *Perfecta Casada*. que nos recuerdan á Bourdaloue y á

Bossuet. Antes que Chateaubriand y Gratry habia reconocido y enseñado las inagotables bellezas que en la humanidad del Hijo de Dios se descubren, el verdadero destino del hombre, y el doble misterio de la caida y de la redencion, que no alcanzaron á esplicar el Protéo de Esquiles, simbolo del mundo antiguo corroido por la duda, el Hamlet de Shakespeare, copia de la edad media de opacas nubes cubierta, ni el Fausto de Goethe, espejo de la presente edad enferma de escepticismo. Leon era la gran figura que con el fecundante vigor de su fé y de su razon, intentó y podia hacer frente á la Reforma, defendida por Lutero en Alemania, por Zwinglio en Suiza y por Calvino en Francia.

Pero el Santo Oficio, celoso y rígido siempre, y suspicaz entónces al oir por todas partes el eco de las nuevas ideas, que ni el ruido de poderosos ejércitos lograba apagar, detuvo á Leon. Era aquel tribunal absorbente por el desenvolvimiento lógico de la reaccion católica que lo creó, y del favor egoísta que el poder temporal le dispensaba. Era intolerante como Lutero, que pedia la muerte de los judios, como Calvino, que abrasaba vivo y en su presencia al sabio español Servet, como Enrique VIII y los Hugonotes, y como el pueblo español despues de largos años de guerra nacional y religiosa. Habia puesto mano hasta en sus más fervientes favorecedores. Habia dirigido sus pesquisas hasta contra personas virtuosísimas que la Iglesia colocó más tarde en los altares. Habia tratado con todo rigor á grandes dignatarios eclesiásticos y civiles y á hombres poderosos y de levantado espíritu.

Esta Universidad preocupaba acaso á la Inquisicion. Manifestaba exhuberancia de vida, mucho movimiento científico y marcada predileccion hácia las nuevas ideas recibidas por su frecuente trato con las Universidades extranjeras, y sustentaba polémicas apasionadas que entónces se creian peligrosas. Lebrija, Sanchez de las Brozas, las Casas, Avila, Cazalla, Rivera, Cano y el infortunado Carranza, y por este los Sotos, Mancio de Corpus Christi, catedrático de Leon, testigo en su descargo y su teólogo defensor, Peña, Sotomayor, Guerrero y Salazar, que abonaron la doctrina del Pri-

mado, habían escrito el nombre de Salamanca en los procesos del Santo Oficio. Aquí se quemaron públicamente muchos centenares de libros entresacados de la Biblioteca universitaria y de las librerías particulares. Y cuando Leon fué preso, ya estaban en las cárceles secretas de Valladolid los maestros Grajal y Martínez, ilustrados compañeros y buenos amigos suyos.

Por esto nuestro agustino, sin abjurar de la razón, se refugió como muchas otras almas purísimas y de amor y de caridad ricas, en el consolador campo de la teología mística, y hoy se le estudia al lado del apóstol de Andalucía, Malon de Chaide y S. Juan de la Cruz, educados en estas aulas, de Granada, príncipe de la Elocuencia española, y de Santa Teresa de Jesús, escritora celestial. Por esto la celebrada Madre Ana de Jesús, «ídolo de talentos grandes,» le encargó la *Exposición del libro de Job* y la biografía de este misterioso santo: el Consejo del Rey le encomendó la delicada tarea de corregir y publicar los escritos de Santa Teresa, ya muy corrompidos por descuido de los copistas: y la Emperatriz, hermana de Felipe II, le pidió que escribiese la vida de la santa escritora, «persuadida de que ninguno había entonces en España que mejor pudiera satisfacer á este argumento y á su deseo.» Nadie como Leon podía comprender el ascetismo de tan admirable mujer: de quien decía que «el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llamas por donde quiera que pasan;» y solo un hablista tan puro podía poner mano en los escritos de aquella, «que en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata escede á muchos ingenios, y en la forma de decir y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafectada que deleita en extremo, dudo que haya en nuestra lengua escritora que con ellos se iguale.»

El habla castellana, que nació en el siglo xi, se formó dialecto culto por los esfuezos del Rey Sabio, adquirió grandiosidad bajo el cetro de Juan II, ganó pompa y magestad

en tiempo del Emperador, y se hizo abundante y armoniosa durante el reinado de su hijo, acaso á ningun escritor debe tanto como á nuestro agustino. Leon descifró la rica lengua del pueblo escogido, ántes que los profundos alemanes Loescher y Neuman, estudió los libros sagrados en sus verdaderas fuentes, nos legó traducciones de imponderable valía, y pudo juzgar mejor que otros las versiones de los Setenta, de San Gerónimo y de Vatablo. Leon, como catedrático y como fraile, y siguiendo la costumbre de la época, esplicó y escribió en latin; pero con elegante y sonora flexibilidad. Estaba, sin embargo, la lengua del Lacio pobre y corrompida, era medio de privilegio, monopolizaba el saber, y Leon inspirado en el pueblo y para el pueblo como todos los místicos de aquel siglo, hombre de progreso, afanoso por democratizar la ciencia, y por ahuyentar la ignorancia y las preocupaciones, viendo el habla popular jóven y de esperanzas llena, creyéndola «de cera y abundante para los que la saben tratar,» la empleó en sus principales obras, imprimiéndola tinte oriental, «que á la verdad responde á la hebrea en muchas cosas,» la enriqueció con palabras y con giros, y la caracterizó con esa espontánea armonía en que á las demás lenguas vivas aventaja.

Leon se vió casi solo. Respetábase el latin como lengua oficial de la Iglesia. Mirábanse con prevencion los giros copiados del habla de los crucificadores de Cristo. Los aristócratas del saber se creian rebajados leyendo en romance. Pero á pesar de que habia sido procesado y preso, entre otras causas, por haber traducido en lengua vulgar el *Cantar de los Cantares*. Leon imprecó duramente, en la introduccion de los *Nombres de Cristo*, contra la ignorancia y soberbia de los encargados de esplicar las Sagradas Escrituras, y que habian sido parte á que, «como á gente animal y tosca, que, ó no conocen estas riquezas, ó si las conocen, no usan bien de ellas, se les quitaron al vulgo de entre las manos.»

Vióse entónces nuestra lengua mejorada ántes que ninguna otra de la familia latina. Llevada por nuestros soldados, misioneros y diplomáticos, se hizo europea, y con el gusto, las modas y las costumbres españolas, preponderó en la li-

teratura, y en los trajes, teatros y salones diplomáticos de todos los países cultos. Entonces Felipe II pudo llamar á la corte del vecino imperio mi bella ciudad de Paris.

La Poesía, don del cielo, luz vivísima que transparentando el mundo real, nos le enseña con las bellezas del tipo divino, y ropage brillante de las creaciones de la imaginacion: la poesía, que hablando á todas las inteligencias y á todos los corazones, alcanza lo que la ciencia y el poder no pudieron alcanzar, fué tambien la espansion consoladora de Leon, y formó sus delicias, y mitigó sus dolores.

Era el Parnaso campo más que otros libre de los rigores del Santo Oficio, y el siglo que no pudo crear filósofos, se indemnizó con tal abundancia de poetas, que hasta del choque de las lanzas y de los escudos recogió chispas de inspiracion.

Leon habia saboreado con delicia las bellezas de la lengua hebrea y de los libros santos: y Job con el libro más sublime de poesía filosófica, el Rey Profeta con sus salmos, raudal inmenso de inspiracion, y el discípulo de Natan, que en los Proverbios habia cantado al que tuvo el viento entre las manos, recogió las aguas con su manto y levantó los límites de la tierra, le transmitieron el perfume de antigüedad bíblica y la dulce magestad de sus versos. Leon habia estudiado á los clásicos griegos y latinos: y Píndaro y Teocrito, el melancólico Tibulo, el elegante cantor de Mantua y el culto preceptor de los Pisones, le aficionaron al entusiasta fuego de la oda, y transmitieron á su flexible talento y á su gusto puro la elegante y delicada gracia que le distingue entre todos los poetas italianos. Leon buscó tambien inspiraciones en esa península hermana, de purísimo cielo, acariciada por las auras de uno de nuestros mares, teatro entonces de nuestras armas y de nuestros estadistas é ingenios, patria de Petrarca, la Casa y Bembo: y ganó en buen gusto lo que perdió en originalidad. Leon se inspiró en la piedad, medicina de los corazones lacerados, y bálsamo divino contra la envidia y la ingratitud, levantó su génio hácia el mundo de lo eterno, como por fuerza irresistible lo hacen

los heridos del corazón, y fué el poeta de la religión. Alma delicada y sensible, de ardiente fé, exuberante de entusiasmo y rica de armonía, cuando en los arrebatos de su mayor lirismo canta la gloria del Altísimo, nos hace oír los dulces coros de los ángeles: cuando celebra las bellezas de la naturaleza, abundosa fuente de lecciones, consuelos y regocijos, espontáneo siempre, y siempre místico, nos enseña delicias ignoradas y suaviza y como que sana nuestro espíritu. «Entre las ocupaciones de mis estudios—decía—en mi mocedad, y casi en mi niñez se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas, á las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio ó voluntad.» «Nunca hice caso desto que compuse—añadía—ni gasté en ello más tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecía lo que hacía para nunca salir á luz.» Aquellos versos, sin embargo, levantaron la poesía lírica á su apogeo.

¡Singular privilegio de la Universidad de Salamanca! Leon, llamado «grande» en la justa poética de Barcelona, y honrado con el premio de las poesías castellanas, levantó en el siglo xvi la oda y el canto religioso á una altura antes desconocida en la poesía española, y á que pocas veces llegó despues: Quevedo en el siguiente siglo publicó el primero los versos del Agustino, «para que sirviesen de antidoto en público á tanta inmensidad de escándalos como se escriben, donde la ociosidad estudia desenvolturas, cuanto más sabrosas, de más peligro;» y en el siglo xvii, el agustino Fr. Diego Gonzalez, que por encargo de su Orden corrigió y depuró los originales de la *Exposicion de Job*. Melendez Valdés, Forner, Iglesias, Cadalso, Cienfuegos, Jovellanos y Quintana, formaron la escuela literaria que recibió nombre de esta Ciudad, y resucitó y generalizó el buen gusto.

Cuando un hombre condensa los elementos de vida que aun no han podido organizarse en la sociedad, ó va solo en busca de un ideal desconocido, ó en alas del espíritu de reforma y de progreso se adelanta á sus contemporáneos, es un génio. El génio es tan rápido como espontáneo y pro-

fundo. Precursor de las nuevas ideas, duerme inconsciente ántes de sentir el soplo vivificante de la inspiracion. Es el alba de los días de regeneracion, el fuego que enciende los combustibles amontonados por el pasado contra el presente; pero se agosta ignorado, cuando no sucumbe entre desprecios y ultrages. Homero, ciego y mendigo, Tasso, loco, Sócrates, Dante y Galileo, Condorcet y Laboisier, perseguidos, Camoens y Cervantes, socorridos de caridad, Racine, pospuesto al inepto Pradon, Newton, llorando su perdida libertad, y Adamson, privado de presentarse en el Instituto por falta de zapatos, forman otros tantos capítulos de la vida del génio. El génio es Fr. Luis de Leon, virtuosísimo, modesto y tolerante, pero que con fogosa imaginacion, vigorosa inteligencia, carácter franco y voluntad firme, lucha de frente contra las preocupaciones de su siglo, y corre absorto tras un mejor que descubre en el libro del porvenir, y olvida las escabrosidades de esta vida y tropieza y cae rendido de dolor y de fatiga.

Sus contemporáneos le acusaron de «afecto á cosas nuevas.» ¡Desgraciados! Olvidaban que el progreso es ley de la humanidad, escrita por el mismo Dios en la naturaleza, en la historia y en nuestra propia conciencia.

Otro catedrático de esta Universidad. laborioso y de probado talento, que gozaba reputacion en las aulas é influencia en el Claustro, pero apasionado, intolerante y atormentado por el gusano roedor de la envidia, hizo á Leon guerra sin tregua. El maestro Leon de Castro, examinador de nuestro agustino, con su mal encubierta ambicion y peor reprimida cólera, personificó la ciencia caduca, presuntuosa y exclusivista, que no alcanza á comprender las trasformaciones que las sociedades sufren á su rededor, que cierra sus oidos al ruido de las nuevas generaciones, que no puede sufrir las encantadoras gracias de la juventud, y que no quiere ver como reverdece el árbol de la vida, y, gracias á la mayor ilustracion y esperiencia del cultivador, dá cada año más abundantes y sazonados frutos.

¡Qué enseñanzas tan elocuentes surgen del paralelo de los dos catedráticos rivales! Apénas si algun erudito hojea hoy

los libros de Castro: y el hombre de ciencia y la mujer de sentimiento, el anciano reflexivo y el entusiasta joven, todos leemos y saboreamos cada día con más deleite y con mayor provecho los escritos de Leon. Castro, que como avanzaba en vida, perdía amigos y valedores, vióse á los ochenta años arruinado por sus publicaciones, baldado y con las piernas rotas: es fama que, yendo camino de Astorga, cayó de una mula y se rompió la cabeza, y su memoria apenas se conserva sino es por las denuncias que su intolerancia le inspiró y por los severos juicios de Chacon y de Mariana. Leon, aunque maltratado en vida, recibió comisiones y nombramientos que honraron su ciencia y su virtud, tuvo que renunciar el arzobispado de Méjico, y se conquistó las simpatías de contemporáneos distinguidos como el cardenal Quiroga, D. Pedro Portocarrero, Tadeo Perusio y el segundo duque de Feria: su fama crecía con su edad, y su memoria vivirá tanto como la verdad y la belleza, timbres de su vida y de sus escritos.

¡Ah! la figura de Leon se hizo interesantísima en los calabozos del Santo Oficio. Apenas encerrado pide las obras de S. Agustin, S. Bernardo, Fr. Luis de Granada y Virgilio: pide tambien un cuchillo para partir la comida, «que por la misericordia de Dios—decia—seguramente se me puede dar: que jamás deseé la vida y las fuerzas tanto como agora, para pasar hasta el fin con esta merced que Dios me ha hecho, por la cual yo le alabo y bendigo.» Agoviado por sus dolencias, mal alimentado y peor servido, decae rápidamente su débil complexion, y pierde gran parte de su flaca memoria: ya no recuerda fechas y hasta olvida la de su prision; pero conoce á todos los testigos de cargo por solo la lectura de sus declaraciones, y se apena al considerar el daño que por su suerte y la de otros compañeros «ha resultado á la Universidad que es la luz de España y de la Cristiandad.» «Dios perdone—añadia—á los que por sus particulares pasiones han hecho tan general daño y tan sin causa, porque las naciones hereges dirán que toda aquella facultad de teología es luterana.» En aquel infecto y oscuro calabozo, privado

de la pension que su hermano mayor debia darle, achacoso, y víctima de sus émulos, el antiguo catedrático de letras sagradas, religioso egemplar, sabio expositor, escritor elegante y poeta sublime, á quien la Providencia como compadecida habia conservado una madre que le llorase, dió dias de gloria á su patria y á la Iglesia Católica. Y entre aquellas sombras, con el corazon enardecido por la fé y con la mano abrasada por la calentura, redactó casi todos los escritos de defensa, numerosos y ricos de erudicion teológica, *Los Nombres de Cristo*. tesoro de elocuencia, y algunas deliciosas poesías. ¡Tan cierto es que aun de las cárceles, de las persecuciones y de los desastres, la humanidad saca importantes elementos de progreso!

Hasta la justicia humana reconoció la inocencia de Leon. Fuele dado volver de nuevo á su celda y á sus cátedras, escogidos teatros de su modesta, pero provechosa vida. Y cuando las inteligencias vulgares y los corazones estrechos celebraban de antemano las venganzas del profesor popular, renuncia la cátedra que le devolvió el Santo Oficio, deja su voto á Fr. Bartolomé de Medina, uno de sus más encarnecidos enemigos, y toda Salamanca le ve entrar en esos claustros tan recogido y agradable como siempre, subir con envidiable dignidad los peldaños de su cátedra, y dando una prueba sublime de consecuencia y magnanimidad, pronunciar el histórico y celebrado *Decíamos ayer*. con la candorosa naturalidad que tan felizmente ha espresado el hábil cincel de Sevilla.

¡Gloria al Claustro universitario que preparó esta obacion y tiene la dicha de celebrarla! Cuando la duda cubre nuestras almas con frio y negro crespon, y el hacha del pueblo hace astillas de los viejos tronos; cuando agitados por profundos dolores luchamos con las nubes del pasado, y anhelamos un porvenir mejor, y pedimos alternativamente consuelos á Dios, á la Naturaleza y á la Ciencia; aquí, en la Ciudad espiritualista por escelencia, teatro principal de la fecunda vida del Agustino, aun no se ha apagado la llama de la fé, ni extinguido el amor á la ciencia, ni perdido la

esperanza del progreso. Aunque educados entre los encontrados vientos de una profunda revolucion y al aire puro de la libertad, no olvidamos las amargas que Leon sufrió por combatir la ignorancia y la preocupacion, y por armonizar la fé y la razon, dando un paso de gigante en las vias del mejoramiento social. ¡Universidad de Salamanca! ¡Maestra mia muy querida! el mundo científico te admira y aplaude. Hoy apareces digna, muy digna de tu pasado. Inspírate en aquellos dias de gloria que con tanto desaliño he descrito. Inspírate en ese mártir de la ciencia cuya memoria consagra en estos momentos. Sea esta solemnidad extraordinaria y augusta la primera página de tu regeneracion, al amparo de la libertad é independencia que acabas de conseguir. Y cuenta, no lo dudes, con el cariño y el apoyo y la defensa de toda Salamanca, que nunca olvidará que la historia y la vida de esta Escuela, son su vida y su historia propias. Los Salmantinos, héroes delante de Anibal, incansables contra el agareno, mártires por defender las libertades que el primer Carlos nos arrebató, valientes en la guerra de sucesion, y entusiastas en la gigantesca lucha con el Capitan del siglo, cobijados siempre á la civilizadora sombra de este Instituto, le ofrecerán cuantas veces sea necesario su propia vida, porque á él le deben el carácter digno, las costumbres cultas y el trato suave y simpático que tanto les distinguen.

613164326

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6410315697